

FIESTA DE SAN ANTÓN DE BELMONTE



Ermita de Santa Lucía (popularmente de San Antón)

Muy de mañana, cuando todavía duerme apacible nuestra urbe, llega hasta nosotros el alegre picotear de las campanas que voltean en la torrecilla que se eleva al cielo, del recogidito santuario de la Barriada de San Antón...

Y con sus metálicas lenguas dan la nota pintoresca del comienzo de las tradicionales fiestas... Fiestas, en las que la rica labradora va y viene al horno con los caballitos de confite, y con los sequillos de cañamones...Y el garrido mozo enjaeza sus “mulillas” para correrlas el día del Santo...

Entre los toques de “prima” de la Colegiata, subía por la empinada calle de San Juan la procesión...

Un sol dorado disipa la niebla para lucir espléndido. Frente a nosotros, unos chiquillos dejan escapar de sus manecillas los “cohetes” que salen silbando al espacio...Junto a ellos, los monaguillos, con la cruz parroquial, con sus mofletes más coloraditos que su roja sotana debido al refrior de la mañana...



Unos hombres con sus rostros muy curtidos, embozados en sus mantas van silenciosos en las filas con achones encendidos...Son campesinos de la cofradía del santo.

Nuestras rodillas se inclinan el paso de San Antonio Abad, mientras nuestros labios, con voz muy queda, pronuncian una oración...

Un cochinillo que es símbolo de la humildad, llama nuestra ingenua atención a los pies del ermitaño. Un anciano sacerdote, de capa, y un sacristán, alternan con los cánticos de ritual con una banda de música que ejecuta pasodobles callejeros... Y detrás un crecido número de mujeres acompañan a la procesión hasta la parroquia.

Así pasó este encantador cortejo, prendido en el hechizo maravilloso de una mañana de invierno y del que no se hartaban mis ojos...

En la Colegiata, a las diez, un gentío asiste a los oficios en honor del Santo. A la hora del evangelio sube al púlpito el capellán, y, como todos los años, nos hace le panegírico con fogosa oratoria.

Después de comer, la antoniana grey corre por las calles camino de San Antón para ver la bendición. Las pomposas campanas de la Colegiata maravilla, nos anuncian la salida de la procesión...San Antonio vuelve de nuevo a su ermita entre sus cofrades que le adoran...

Los mozos que cabalgan en sus enjaezadas mulillas aguardan frente al santuario el momento de echarlas a correr, mientras "la bota" circula de un lado para otro con la rica "zurra". Una vez que el gisopo esparce el agua, nuestros jinetes salen galopando por la barriada...Entra en el templo el Santo...Marcha Real... Y gargantas que enronquecen de aclamarlo. Estas pobrecitas campanas que yo oí repicotear, muy de mañana, ya no voltarán en la humilde torrecilla hasta el próximo año.

Después nos reunimos entorno a la banda que nos dio un concierto, muy ameno. Y que la gente aplaudió con cariño.

Nos oxigenamos por el paseo de Gracia, y un popular organillo nos llevó al Garaje de la “Golondrina”, donde una inesperada y graciosa fiesta nos sorprende.

El simpático Godoy me facilita la información que anoto en mi carnet.

Esta conocida empresa de Automóviles Belmonte-Quintanar-Madrid que lleva por título la Golondrina, ha adquirido un nuevo y magnífico Doge para su colección de líneas.

Y para bautizar los “caballos” del coche, sus propietarios abrieron de par en par las puertas del amplio edificio de la avenida de la plaza de toros a la juventud belmonteña, que bailó de coronilla...

Dejamos el “Jazz”, después de contemplar la fiesta, y la crudeza de la noche nos retiró a la tranquilidad de nuestro hogar...El correr del tiempo hacia la vida moderna borra aquellos corros de graciosas mozas, que recuerdo de mi niñez, y que eran típicas con sus “cantares” en las fiestas del popular Santo.

Artículo publicado por A. Pérez y Fernández, en el periódico El Día de Cuenca, el 25 de enero de 1929.